

Conocedor de la extrañeza con que han sido acogidas entre el sector juvenil de los artistas plásticos de Toledo las apreciaciones que me permití publicar en el número anterior sobre el achaque de inseguridad de que adolecen la pintura y la escultura actuales, me encuentro obligado en cierto modo a continuar explicando que entiendo modestamente que la crisis de significado porque atraviesan la pintura y la escultura no es imputable, desde luego, a los artistas, sino a la época.

Cualquiera de mis oponentes sabe que todas las concreciones culturales describen, en su desarrollo histórico, una trayectoria parabólica, ascendente primero

y declinante después, y que la perpetuación de un cierto grado de vigor estético no se logra sino refugiándose cobardemente en el academicismo. Quiero llamar la atención de los lectores sobre la evidencia, excepcionalmente significativa, de que el academicismo plástico no utiliza como paradigmas, conjuntamente, las formulaciones pictóricas y escultóricas de una única y determinada época. Para la escultura utiliza la estatuaría griega siglo V, y para la pintura, los holandeses, los españoles y los italianos de los siglos XVI y XVII. Esto quiere decir que cada una de las dos artes alcanzó en cada uno de los dos distantes momentos —distantes de nosotros y distantes entre sí— la totalidad de sus posibilidades expresivas. Lo anterior —lo respectivamente anterior— había sido primitivismo; lo subsiguiente tenía que ser inexcusablemente, y de hecho es, decadencia.

Pero, a mayor abundamiento, en toda decadencia se registran períodos excepcionalmente oscuros, y se nos antoja que el actual constituye, para la evolución de la plástica, uno de ellos. Quizá, porque la percepción contemporánea exige a la obra de arte una complejidad de significados que la plástica no proporciona sino en sus formulaciones geniales. Lo que sí se puede asegurar es que en el reducido —cuantitativa y cualitativamente reducido— repertorio de sensaciones artísticas de nuestros antepasados, la contemplación de la pintura o de la escultura constituía una verdadera fruición estética, en tanto que a nosotros, habituados a la delicadeza de matices de la fotografía y a la plástica móvil del cine —«pintura móvil», literalmente, en inglés—, la pintura se nos antoja convencional e inexpresiva.

Estimo que los batalladores pintores jóvenes de la Asociación se darán por satisfechos con estas aclaraciones, con las que no se agotan, ni mucho menos, las posibilidades del tema. El que esto escribe es el primer convencido de que la imitación servil de los arquetipos no puede producir sino bibelotes —los Cánova, los Toorvaldsen—, pero está convencido también de que la plástica entera se encuentra encerrada en el círculo de hierro de la limitación espacial y sensorial, y de que, con la excepción de las genialidades de Goya y, quizá de algún atisbo sorprendente de Picasso y de los humoristas de última hora, la pintura no ha producido nada nuevo de Velázquez acá. El impresionismo no significó sino la vuelta a la captación del aire, descubierta por don Diego, y a la utilización de las crudezas de color, hallazgo estético de los holandeses. Lo demás —Sert por ejemplo es pura grandilocuencia formal. Y Dalí, lo mejor de Dalí, un cuatrocientismo extemporáneo y desorbitado con indudable talento. Ahora bien, el conocimiento de las limitaciones del arte y la voluntad de servirle con dedicación humilde y aplicada, ¿no constituirá en definitiva el verdadero camino...?

José PEDRAZA



LOS "MARTES"

Nos gusta el martes. Porque en el segundo día de la semana, el dedicado al más cercano de la Tierra de los planetas, nuestra ciudad adquiere aire festivo, de feria. Su ritmo pierde la habitual calma y parece como si la circulación por sus arterias se acelerase. El comercio, los cafés, las oficinas públicas y privadas, toda la «peñascoña pesadumbre», se encuentra llena de un público foráneo que llega, afanoso y alegre, de toda la comarca. A tratar de ganado, a comprar aperos, ropas para las fiestas o unas mantas a la moza, que ya está casadera; o a presentar solicitudes en demanda de cualquier cosa, o, simplemente, al odontólogo a una extracción.

Nos gusta el martes. Porque en él, en el «martes», se puede comprar todo cuanto uno necesite. Y aunque no precisamos nada, le visitamos con frecuencia. Nos agrada, palabra, observar al labrador cómo mira y palpa una y otra vez las flamantes abarcas para hollar rastrojeras y barbechos; a las muchachas, guapas tanto o más como fama tienen de ello, revolver con finos dedos en las baratijas de los puestos de bisutería, esperando, quizá, encontrar su tesoro, tesoro que les costará doce o catorce pesetas; a la mujer que viene de hacer sus compras, o sus ventas, del mercado, preguntar y regatear con el dueño de los retales, que están extendidos, tentadores, en el santo suelo; al charlatán que trata de engañar a los incautos ofreciendo duros a peseta; por cinco, un ungüento contra todos los males y el regalo de un paquete de hojas de afeitar, cada una de las cuales sirve para «cuatro rasurados perfectos y después para cortar el cuello a la suegra», o el de una cadena de plata con una medalla de la Virgen del Pilar; a los turistas, con cara de eterno despiste, mirar, encaprichados, los variopintos botijillos de cerámica de Puente; al que vende perfumes con un mugriento fez en la cabeza; y comprar una «fanega» de aceitunas por una sola peseta...

Nos gusta el martes. Pero... no ahí. En nombre del decoro estético y del buen gusto, creemos debería ser trasladado —con todos los honores, eso sí—. Los toldos, cajones, cuerdas, etc., puestos sin orden ni concierto, descomponen la hermosa perspectiva de Zocodover. Toledo tiene otros muchos lugares apropiados para estos «martes». En cualquiera de ellos, podría seguir desarrollándose esta simpática costumbre de los zocos, sin que suponga ningún atentado contra la tradición, puesto que —lo decimos sólo a título de ejemplo— se ha transformado la plaza del Ayuntamiento y no se ha dañado, a nuestro modesto entender, en nada la clásica fisonomía toledana.

Nos gusta el martes. Pero preferimos el Zocodover de todos los días, el de los paseos matinales de los domingos y nocturnos de entre semana, al Zoco-dover de los segundos días, los dedicados al más cercano a la Tierra de los planetas...

C. H. B.

VISTO Y SENTIDO

REANIMACION

Una vibración, una especie de calambré espiritual ha transitado, no hace, mucho, por el ser de nuestra ciudad y sencillamente, le ha conmovido. Andábamos un poco tardos y somnolientos en asuntos de esta clase. La inacción, el tedio, el duro espesor de nuestros hábitos y prejuicios, el contemplar fatigosamente una misma perspectiva cotidiana desde una postura que no se alteraba un milímetro al respecto de la anterior adoptada, parecía que iba a dejarnos sordos, mudos e insensibles.

Pero no ha sido así. Un viento estimulante parece haber reanimado nuestras viejas apetencias de espíritu. Revistas habladas, conferencias, teatro de testimonio, sesiones de cine educativo con coloquios finales ágilmente sostenidos y alimentados por la concurrencia, pueden darnos ya un patrón de medida para calibrar gustos y orientaciones de cierta parte del público.

Un público, auténticamente respetable, que desconocíamos, lamentando más de una vez su inesistencia con palabras duras y mordaces. Abundábamos —era lo normal— en la suposición de que también Toledo, en sus manifestaciones colectivas, estuviera incorporado a ese concepto general de masa con el que tan orgullosa y neciamente se cuenta para constatar la importancia de un acto determinado, cuando lo que urge inquirir siempre es dónde andan las minorías y con qué aliento respiran. Sentíamos como si el pulso de la ciudad latiera, por lo común, con irregularidad enferma y sólo se acelerase en demostraciones de tipo callejero o en la habitual solicitud de espectáculos de escaso interés artístico y humano.

Nos faltaba registrar —y bien que lo lamentamos— la existencia de ese público minoritario, formado, abierto a la comprensión de lo que se ve y de lo que se escucha, capaz de formular un juicio «suyo» sobre aquéllo y asistente por convicción, no por hábito, buen tono o extravagancia. Bien, ahora sabemos que existía. Disgregado o en amalgama, estando ahí, en cualquier parte, pero existía. E inmediatamente, hemos comprobado que basta una insinuación, un leve amago de convocatoria, una llamada al espíritu para congregarse y hacerle recobrar una aptitud y un sentido categórico de jerarquía.—R. V.